BLAS DE OTERO EN SUS *HISTORIAS FINGIDAS Y VERDADERAS*

En noviembre de 1969, y en su colección «La palma de la mano», la editorial Alfaguara publicaba con el título *Expresión y reunión (1941-1969)* una amplia antología de Blas de Otero. Se recogía en ella una selección de poemas de todos sus libros, desde el lejano *Cántico espiritual,* de 1942 (y aún de antes, como un poema, «A la música», fechado hacia 1941), hasta el entonces en preparación *Hojas de Madrid.* La mayor parte del contenido del libro estaba constituida por poemas poco conocidos, algunos inéditos y otros pertenecientes a publicaciones que tuvieron que salir en el extranjero. Pero, con ser notabilísimo el interés de ese material, nuevo entonces para el público español, lo más sorprendente de la antología eran las casi veinte páginas pertenecientes a *Historias fingidas y verdaderas,* que había de ser el primer libro en prosa de su autor. (No las primeras prosas publicadas, pues ya había alguna muy similar a éstas en el volumen *En castellano,* de 1960).

Exactamente un año más tarde, la misma editorial publicaba el libro que nos ocupa y que, sea por su carácter insólito, sea por la definitiva consagración de su obra en verso, ha quedado un tanto oculto en el conjunto de sus escritos, sin recibir, creo, de críticos y lectores la atención de que indudablemente es merecedor.[1] Ahora, cuando lloramos la desaparición de uno de los maestros de la poesía española de los últimos treinta años, tal vez fuera un adecuado homenaje intentar una aproximación a esas *historias* un poco olvidadas.

El primer problema que se le plantea al lector —y al crítico— es el de explicar qué sea esta obra. Pese a lo que su engañoso título [2] pudiera sugerir, no es un libro de relatos, aunque haya algún texto que puede ser considerado como narrativo. Tampoco sería válida aquí la falaz etiqueta de «prosa poética» que algunos manualistas han inventado para comodidad de lectores poco imaginativos. Los textos de *Historias...* constituyen una voluntaria trasgresión de las convenciones que delimitan los diferentes géneros literarios. Tal vez lo más aproximado sea, huyendo de etiquetas, considerar este libro como una serie —ordenada según el criterio que luego diré— de reflexiones, en las que hay mucho de autobiografía y de diario personal, en torno a los problemas que acucian al poeta: su propio oficio, la patria y sus gentes, el Hombre y los hombres, las ciudades, la política, los libros, la estética, la moral... Todo ello expuesto a través de una prosa que, sin renunciar a tal carácter, usa con profusión muchos de los recursos que caracterizan el estilo poético de su autor.

En total son noventa y nueve textos breves (por término medio, la extensión es inferior a una página, con muy pocas excepciones que llegan a dos o tres páginas), organizados en tres partes y seis capítulos de variable extensión. Aunque ni partes ni capítulos llevan títulos, es factible deducir el criterio de que se ha servido el poeta para agrupar los textos. En mi opinión, los dos capítulos que forman la *Primera parte* podrían titularse, respectivamente, «el oficio de escribir» y «el oficio de vivir». En efecto, el capítulo I reúne textos referidos a la poesía —o, más exactamente, a la palabra poética—, los libros, los escritores que ama, la relación entre literatura y vida, el poder revolucionario del oficio de escribir, etc. Para el crítico, este conjunto de treinta textos es de un valor extraordinario para configurar *la poética* oteriana; por ello volveremos luego sobre este punto.

Los veintiséis textos que integran lo que he denominado «el oficio de vivir» son la parte verdaderamente autobiográfica del libro. Recuerdo de niñez y mocedad —como diría su admirado Unamuno—, desde las visiones iniciales (*Lo primero que vieron mis ojos fue el mar,* pág. 75; *Después del mar vinieron las ciudades,* 77),[3] hasta el momento en que el libro se escribe —entre 1966 y 1968 [4]— con algunas sobrecogedoras (sobrecogedoras, ahora, que sabemos cumplido el vaticinio) alusiones a la propia muerte:

> *Ayer murió Blas de Otero, no lo sabe nadie todavía, pero es cierto; (...) No, no ha muerto al lado de unos frascos y unas tabletas (ha muerto sólo de tiempo) (...) No se sabe exactamente por qué ha muerto, las circunstancias últimas; se sabe sólo que unos minutos antes dijo, dijera: acerté el camino, con todos mis errores. (...) Nada de cajitas, pastillas de plástico, la cama, la pared, la tos del cura. Todo natural, abierto a la tarde,* (93)
>
> *Cuando yo muera, el cartero continuará trayéndome cartas durante algunos días. Y yo contestaré a esas cartas, poniendo fecha atrasada. (...)*
>
> *Cuando yo muera, por fin no tendré necesidad de hacer más poemas, lo que me producirá un descanso infinito.* (117)

No nos es posible aquí prodigar los ejemplos, pero el lector de la poesía de Blas reconocerá en algunos de estos textos, en especial los que se refieren a infancia y adolescencia, algunos motivos o alusiones presentes en poemas de otros libros; así, las referencias a Bilbao que hay, por ejemplo, en «Ciudades» (77) y en «El valle» (91), parecen resonancias de poemas como «Muy lejos», de *En castellano,* o «Lejos», «Orozco», «1923», de *Que trata de España.*

Los capítulos III y IV, en la *Segunda parte,* tienen en común la dimensión social y humana (política, en definitiva, devolviéndole a esta palabra su más honorable sentido) que tanto singularizó la poesía de Blas de Otero. Los primeros diez textos, precedidos de un significativo epígrafe de José Cadalso que muy bien podría firmar el propio Blas («*...aunque ama y estima su patria por juzgarla dignísima de todo cariño y aprecio, tiene por cosa muy accidental el haber nacido en esta parte del globo, o en sus antípodas, o en otra cualquiera.*») se refieren a esa patria amada y estimada: a sus gentes, sus sufrimientos pasados y presentes, su arte, sus luchas, su campo y su aire... Los otros diez, iniciados por el que se titula «Solidaria Isla» (que no es otra que la de Cuba), muestran un aspecto de esa dimensión de solidaridad universal que destilan muchos de los poemas de sus últimos años. La experiencia de la revolución cubana, conocida directamente en esos años sesenta (y que ya había aparecido en algunos poemas de la serie «Con Cuba», del libro inédito *Poesía e Historia,* en *Expresión y reunión*), es aquí aludida con entusiasmo, ironía y amor.

> *«Estas son las líneas más serias que he tenido que escribir en mi vida. (...) Hay que haber vivido por lo menos tres años en Cuba, hay que tener la pretensión de decir la verdad, toda la verdad y parte de la mentira. He aquí la situación límite de una isla rodeada de viento por todas partes. Aquí han ocurrido grandes y terribles esperanzas, han halado con todas sus fuerzas sin varar en el vacío. (...) Volveré. No mires atrás. Adiós, Cuba.»* (169)

La tercera y última parte es, a mi juicio, la más difusa del conjunto. Diríase que en ella, en sus dos capítulos, ha reunido el autor textos diversos que no tenían entre sí la coherencia que hemos notado en los de partes precedentes. Tal vez para orientar al lector, sea por lo que, en el índice, se sugieren unos títulos: *el hombre,* para el capítulo V, un conjunto de trece textos en los que hay reflexiones sobre la soledad, la libertad, el paso del tiempo, el sentido de la vida..., y *el vagamundo* para los diez textos del capítulo VI, notas de viaje de ese incansable vagamundo que fue, en esos años, nuestro poeta.

Se ha dicho que *Historias...* es un libro excepcional en la obra de su autor; tal vez lo sea por el «género» empleado, pero ello no supone ninguna ruptura con su estilo peculiar. En efecto, el conocedor del *timbre* de la voz poética de Blas, lo reconocerá sin vacilación en estos textos que nos ocupan. Ello es así, entre otras razones, por el constante empleo de algunos de los recursos más específicos de su estilo. Veámoslo.

En su admirable estudio de 1955,[5] ya describió el maestro Alarcos Llorach, al estudiar la lengua poética de Otero y entre otros rasgos peculiares, la función de alusiones y préstamos literarios, y los juegos con frases hechas o muletillas (en realidad, dos aspectos de un mismo procedimiento). Del primero los ejemplos son abundantísimos, por lo que me limito a seleccionar, sin más explicaciones, un significativo muestrario:

> *«la rosa puede seguir aquí, dejadla»* (19); *«el verso se hizo hombre»* (22) *«Mientras haya en el mundo una palabra cualquiera, habrá poesía»* (29); *«no me podrán quitar el dolorido (cito por experiencia) sentir si muero desterrado»* (56); *«consulten al médico, a Manrique, verán que todo es mentira»* (94); *«esta es una historia muy corriente, pura, cristalina. Alamos que os estáis mirando en ella»* (101-102); *«unas coplas que hablan del rocío de los prados, las verduras esas tal vez aledañas a Paredes de Nava (...) la Monse, que no sé si sabría leer pero será siempre, más allá de la muerte, muy graciosa doncella»* (103); *«Donoso retablo de maese Pedro (...) ¡Hermosa tierra de España! Campo de soledad»* (143); *«allí en Castilla, donde los trigos encañan y viene mayo»* (149); *«aquellas ropas chapadas que traían las cien mejores antologías de todos los Institutos»* (163); *«aquellos eran toreros, figuras de la baraja, más valientes que tú y más gitanos»* (171); *«lo nuestro es pasar, / pasar haciendo caminos, / caminos sobre la mar. ¿Nada queda entonces? Hemos de tener cuidado de no errar en asunto tan principal. Nuestras vidas son los ríos / que van a dar etcétera.»* (193) *«salíme al campo y vi que el sol bebía la sangre de millones de seres»* (195).

Además de esos textos, en los que los ecos de conocidísimos textos de nuestros clásicos son muy claros, hay que señalar otras muchas menciones o alusiones a escritores como Quevedo, Unamuno, Manrique, Rosalía y, con amor de discípulo, don Antonio Machado —recordado en poemas como «Palabras reunidas para A. M.», de *En castellano,* o «In Memoriam», de *Que trata de España*—, cuya ausencia en nuestra vida colectiva denuncia en «Collioure»:

> *... nuestro más noble, nuestro más querido poeta quedó allí, serenamente fiel hasta su final. Pero nadie quiere remover ni avivar otro triste tiempo de nuestra patria. Nadie, y menos que nadie las nuevas vidas que desde entonces fueron pujando...* (53)

También son abundantes los ejemplos que podrían citarse de ese otro recurso aludido, que Carlos Bousoño ha denominado, estudiándolo en Otero, *ruptura de un sistema formado por una frase hecha,*[6] y en donde se muestra esa peculiar ironía del poeta:

> «*sin andarse por las ramas, como la brisa*» (25); «*reglas y consejos de investigación científica*» (35); «*pasarte la sintaxis por debajo del diccionario*» (35); «*torres de marfil han caído muchas, pero torres más altas han caído empedradas con las mejores intenciones*» (40) «*la rosa no tiene vuelta de hoja*» (65); «*Esta es una habitación de cuatro paredes, menos una que da a la memoria*» (101); «*no vengan* (...) *a mentarme la lengua que me parió*» (133); «*últimamente leí unas páginas acerca del tren de vida de los obreros en vías de desarrollo*» (135); «*habla bien, que no cuesta nada, dijo el mudo*» (167); «*hay días que no tienen razón de ser ni de estar*» (189); —refiriéndose a cuál sea el sentido de la muerte de un adolescente, que tal vez se deba «*a la menor o mayor cantidad de antibióticos que se irían descubriendo al paso del entierro*» (97).

Probablemente el interés mayor del libro resida en que, de una manera no sistemática, pero con convicción rigurosa (que no excluye la ironía), el poeta va exponiendo —básicamente en los treinta textos del capítulo I, pero no sólo en ellos— su *poética personal.* (A pesar de que en el titulado «Un poeta de hoy (1968)», dedicado al fraternal Celaya, advierta: «*Con tal de no escribir nuestra Poética en prosa, ya hemos cumplido.*» 59)

El primero de los textos expone con precisión indudable la insoslayable *apuesta* que es la escritura: *Un libro es el juego más peligroso que pueda imaginarse, nadie se salva por un libro sino apostando todo a una palabra, la única que escoge el poeta a cambio de su propia vida expresada.* (13). A partir de ésta se suceden las alusiones al acto de escribir, ese oficio o juego peligroso. He aquí algunas:

> «*Entre la realidad y la prosa se alza el verso*» (19); «*esta es la cuestión: escribir libre, fluida y espontáneamente: al menos, en apariencia.*» (25) «*se dice pronto, pero muy pocos saben lo doloroso que resulta escribir con cuidado, el tiempo tan valioso que perdemos*» (37); «*Ah qué oficio éste endiablado, no por lo que tenga de dificultoso como por lo que tiene de infernal. Es fácil escribir una hermosa página, pero muy arduo fue su ir gestándose*» (39); «*Un libro de poemas es, vaya ocurrencia, como un árbol.* (...)

Algunos de los presupuestos teóricos de la poesía de Blas de Otero, están recogidos en esas frases. Pero también algo que podríamos considerar como un testamento o justificación del propio oficio poético. Terminemos esta *lectura* de *Historias fingidas y verdaderas* con su rotunda afirmación:

> «*¡Quién cuyo podrá quemar los papeles —los públicos y los encomendados—, aunque echen mi cuerpo al mar, o avienten mis cenizas? Ahí quedo, por mucho que os pese, tendido a lo largo del papel.*» (63)

J. M. GONZALEZ HERRAN

NOTAS

1 Sirva como dato anecdótico el hecho de que ejemplares de este libro podían adquirirse hace poco tiempo, a precios de ocasión, en algunos saldos de librería.

2 Tomado de un texto cervantino, que sirve de lema al libro: «... que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan a la verdad o la semejanza della, y las verdaderas, tanto son mejores cuanto son más verdaderas.» Quijote, LXII, 2.ª.

3 Desde ahora, las citas del libro indicarán, con una cifra entre paréntesis, la página correspondiente.

4 Si bien en *Expresión y reunión* se fechaban estos textos en 1966-1967, algunas alusiones a acontecimientos conocidos, vgr. el asesinato de M. L. King, prolongan los textos hasta el 68. Por otro lado, algunos de los textos del capítulo IV podrían fecharse hacia 1962.

5 Emilio Alarcos Llorach, *La poesía de Blas de Otero,* ed. Anaya, Salamanca, 1966. (Ese estudio se redactó en 1955, según se indica en la pág. 151). Para los recursos a los que aquí me refiero, vid las págs. 88 a 99.

6 Carlos Bousoño, «Un ensayo de estilística explicativa (Ruptura de un sistema formado por una frase hecha)», en el volumen *Homenaje universitario a Dámaso Alonso,* ed. Gredos, Madrid, 1970.